



## Capítulo 654: ¿Qué clase de solución fue esa?

La cabeza de Zafiro daba vueltas.

No era un mareo común y corriente— era como si el mundo estuviera unos segundos detrás de sus sentidos. Levantó la mano hacia la cara y frunció el ceño al ver venas pulsando debajo de su piel, ligeramente violáceas, casi brillando de manera inapropiada.

Su sangre intentaba circular.

Y fracasando.

Su piel, antaño vibrante y firme, ahora tenía un tono grisáceo que nunca debería haber existido allí.



"..."

Parpadeó y apretó la mandíbula.

"¿Me... envenenaron?" Ella murmuró, mirando su propia mano como si la hubiera traicionado. "¿Qué carajo es esto...?"

El dolor llegó inmediatamente después.

Le atravesó todo el cuerpo como una secreción mal dirigida— pero se concentró en la nuca, haciéndole silbar entre los dientes.

"¡AY—!"

Ella ni siquiera podía maldecir adecuadamente.

Los recuerdos se rompieron. Fragmentado. Como si alguien hubiera arrojado una espesa niebla sobre todo lo que había sucedido antes.

Vergil.

Ella recordó haberlo conocido antes.

El vino.

El maldito vino.

"...Ese vino..." murmuró, con el ceño fruncido. "¿Estaba puntiagudo?"

Ella recordaba vagamente los golpes. No es una pelea en toda regla—más bien correcciones. Golpes quirúrgicos después de que el líquido ya había bajado por su garganta.

Pensar herido.

Pensar claramente parecía imposible.

Fue como intentar extraer recuerdos a través de un espeso barro.





Entonces, una voz.

Demasiado tranquilo.

"Estás despierto."

El sonido atravesó la niebla.

Zafiro levantó la vista con dificultad—y allí estaba.

Sentado frente a ella, en una silla boca abajo, con los brazos apoyados en el respaldo, su cuerpo demasiado relajado para alguien frente a la criatura que ya había hecho sangrar al Inframundo.

Vergil. "¿Qué eres—" comenzó, pero la sentencia murió antes de que pudiera nacer.



Continuó, como si explicara algo trivial.

"Veneno de hidra", dijo con naturalidad. "Con un toque de energía del Abismo... y sangre demoníaca de algún ser muy poderoso. O lo que sea exactamente con lo que Paimon lo mezcló."

Él sonrió.

Una sonrisa tranquila.

Zafiro sintió que se le revolvía el estómago.

Esa no fue una sonrisa de ejecución.

Ni de amenaza.

No.

Fue peor.

Sintió que algo se apretaba en su pecho.

Una presión extraña.

Un peso específico.

...Dominación.

El pensamiento la enfureció instantáneamente.

Ella.

La Reina Demonio más poderosa.

El demonio con títulos demasiado extensos para que los mortales los recuerden.

La entidad cuya mera presencia hacía temblar a los ejércitos.



¿Te sientes... dominado? "Qué broma de mal gusto."

"Maldita sea, Virgilio", gruñó, llevándose una mano a la cabeza. "¿Qué quieres? Podrías simplemente haber preguntado—"

Se interrumpió y frunció aún más el ceño.

"...Maldita sea."

Ella respiró profundamente.

"Esto sabe a vino de sangre de demonio primordial", murmuró, casi molesta. "Qué maldita resaca."

Vergil inclinó ligeramente la cabeza y la observó con atención casi clínica—, pero había algo detrás de esa mirada. No crueldad. No triunfo. Algo más... cuidadoso de lo que le importaba admitir.

"Relájate", dijo, apoyando los codos en el respaldo de la silla. "Solo te necesitaba un poquito más... Tranquila."

Sapphire soltó una risa ronca, que se convirtió en un gemido irritado cuando el dolor en su cuello volvió a palpar.

"¿A eso le llamas relajarse?" ella se quejó. "Todo mi cuerpo se siente como si hubiera estado luchando con el concepto mismo de existencia."





"Técnicamente, así ha sido", respondió con total naturalidad. "Tu cuerpo está intentando expulsar el veneno, pero no dejé que terminara el proceso."

Ella entrecerró los ojos, tratando de concentrarse mejor en él. Su visión todavía vacilaba, como si el mundo estuviera rezagado respecto de sus pensamientos.

"...Así que deliberadamente me dejaste en este estado intermedio de mierda."

"Exactamente."

"Hijo de a—"

"—Tranquilízate", interrumpió, todavía demasiado tranquilo. "Antes de que intentes arrancarme la cabeza con una telequinesis imaginaria que tu cuerpo no puede sostener en este momento."



Zafiro apretó los dientes. Ella trató de reunir energía. Nada. Fue como intentar agarrar humo con las manos rotas.

Esto realmente la enfureció.

"¿Sabes lo humillante que es esto?" ella gruñó. "Podría reducir continentes a cenizas."

"Lo sé", respondió Virgilio sin dudarlo. "Y es exactamente por eso que estás atrapado en esta silla especial, con runas que reaccionan a tu pulso emocional incluso antes que a tu energía demoníaca."

Finalmente miró a su alrededor.



El entorno era demasiado simple para ser una mazmorra. Piedra negra pulida, discretos círculos rúnicos en el suelo, cadenas que no tocaban su cuerpo—porque no era necesario. La restricción vino desde dentro.

"Tú planeaste esto," murmuró, más lúcida ahora.

"Lo hice", confirmó. "Durante días."

"¿Por qué?" Preguntó Zafiro, con la voz más baja. No débil—cauteloso. "¿Qué quieres de mí, Virgilio?"

Se levantó de la silla y dio unos pasos, manteniéndose fuera de su alcance inmediato. No por miedo. Por respeto a lo que ella era—incluso en ese estado.

"Quiero que dejes de correr." El silencio que siguió fue intenso.

Zafiro volvió a reír, pero esta vez no había humor en ello. "Ah. ¿Eso es todo? ¿Me drogaste con veneno de Hydra para hacer de terapeuta?"

"No," respondió él. "Lo hice porque si hubiera intentado hablar contigo despierto, completo y armado hasta los dientes, me habrías matado antes de la segunda frase." Vergil se encogió de hombros, "De todos modos, no voy a arrestarte", dijo, y las runas la liberaron, permitiéndole moverse.

"¿Qué diablos?" Zafiro entrecerró los ojos y la ira finalmente superó la niebla. "Entonces ¿por qué me drogas, hijo de puta?!"

Ella se lanzó hacia adelante sin pensar.





Instinto puro.

El puño llegó rápidamente, cargado con suficiente intención de demoler una fortaleza—

Y se detuvo.

Virgilio recibió el golpe con una sola mano.

Sin esfuerzo.

Sin siquiera cambiar su expresión.

"Hm," comentó, casi evaluando. "¿Calmado?"

Se rió suavemente.

Zafiro sintió que le hervía la sangre.

"Hice bien en drenar gran parte de tu energía", continuó Vergil, demasiado tranquilo para alguien a medio metro de la muerte. "Ni siquiera lo has comprobado todavía... pero estás en aproximadamente el uno por ciento de tu fuerza original."

Inclinó la cabeza. "Quizás menos."

Ella apretó los dientes.







"¿Qué carajo estás tramando?" ella gruñó.

Y luego... ella cambió.

Ella ya no era Zafiro.

No la madre.

No la esposa.

El aura que la rodeaba se distorsionaba, el aire se volvía pesado y el suelo gemía bajo sus pies. Los cuernos atravesaron la piel de su cabeza y la energía demoníaca se filtró como humo vivo, oscuro y agresivo.

Estaba Agares.

Lo primordial.

El terror que precedió a los nombres.

La entidad cuyo título precedió al miedo.

Virgilio observó todo esto... y suspiró.

CLACK.

El sonido era seco. Simple.





Una película.

Justo en el medio de la frente.

"¡¡¡AY!!"

Zafiro —no, Agares— se puso instantáneamente ambas manos en la frente, con los ojos muy abiertos por el dolor y la sorpresa, y su equilibrio desapareció en el mismo instante.

Cayó al suelo con un ruido sordo indigno de alguien que alguna vez gobernó legiones.

"¿QUÉ—?!" Ella gritó, más ofendida que herida. "¡¿ME HICISTE UNA MAMADA?!"



Virgilio cruzó los brazos y la miró.

"Primero: sí."

"Segundo: te estabas poniendo dramático."

"Tercero: los cuernos no te dan inmunidad a un movimiento."

Ella lo miró fijamente, sin palabras, con su aura demoníaca parpadeando... y desvaneciéndose lentamente, como una llama frustrada.



"...Te voy a matar cuando esto termine", murmuró Zafiro, todavía masajeándose la frente, su orgullo herido mucho más que su cuerpo.

Virgilio simplemente sonrió.

"Puedes intentarlo", respondió con calma. "Pero a ti y a tu arrogancia ancestral les acabará gustando lo que voy a hacer."

Antes de que ella pudiera responder, él se giró y abrió la puerta detrás de él.

Lo que había al otro lado no era una cámara de tortura, ni un círculo de contención, ni ningún ritual absurdo.

Era una habitación normal.

Simple.

Hice la cama. Alfombra en el suelo. Una ventana con cortinas de luz.

Y, en el centro de la habitación...

Katharina.

Estaba sentada en el suelo, arrodillada, demasiado concentrada en apilar cuidadosamente pequeños trozos de madera.

Un Jenga.





Sí. El juego Jenga.

Durante unos segundos, el cerebro de Sapphire simplemente se congeló.

"...Vergil, qué—" empezó, con la voz vacilante por primera vez desde que despertó.

Ella no terminó.

Vergil la levantó como si no pesara nada, ignorando por completo la protesta ahogada que intentaba escapar.

"Vamos a resolver las cosas entre ustedes dos", dijo, suspirando de genuino agotamiento. "He elaborado un plan largo, complicado y extremadamente estresante."



Entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él.

"¿Y honestamente? Sólo tengo tres días para que ustedes dos dejen de actuar como entidades cósmicas emocionalmente analfabetas."

Dejó a Zafiro junto a su hija y le dio una sonrisa casi traviesa.

"Así que eso es todo. Vamos a pasar el rato. Vamos a hablar. Vamos a jugar."

Señaló a Jenga.

"Y divirtámonos juntos."

La cara de Zafiro... se rompió.

No agrietado.

Destrozado.

La expresión fría, distante y controlada —todo se desmoronó en una mezcla de conmoción, indignación e incredulidad absoluta.

Katharina levantó lentamente los ojos y reconoció instantáneamente a su madre.

"...E-hasta a ti te pillaron, mamá..." murmuró.

Había una mezcla de nerviosismo y alivio en su voz.

Sí.

Ella también había sido emboscada.

No de la misma manera brutal —sin veneno de hidra, sin una absurda fuga de energía—, pero aún así...

Secuestrado.

Katharina miró de Zafiro a Virgilio y luego de regreso a Zafiro. "...Me trajo aquí diciendo que era 'una conversación importante'."





Vergil se rascó la nuca. "Técnicamente no mentí."

Zafiro finalmente logró hablar. "...Nos secuestraste."

Vergil se encogió de hombros. "Prefiero 'retirada estratégica forzada para la resolución de conflictos familiares'."

Silencio.

El tipo de silencio pesado que precede a una explosión.

Zafiro respiró profundamente.

Luego exhaló lentamente.

"...Estás completamente loco."

"Lo sé", respondió con una sonrisa satisfecha. "Logré hacer algo que nadie más ha hecho, secuestre al demonio femenino más poderoso de la historia. Es un título del que estoy orgulloso."

Katharina miró a su madre, luego a Jenga y luego de regreso a Vergil.

"...¿Realmente vamos a resolver esto jugando Jenga?"

Vergil aplaudió una vez.





"Entre otras actividades. Reglas simples: no matar a nadie, no amenazar y no salir de la habitación." Incluyó la cabeza, serio por un segundo. "Quiero que ambos estén completos al final de esto."

Zafiro miró fijamente a su hija.

Katharina miró fijamente a su madre.

Dos mujeres, atadas por la sangre, el resentimiento y demasiado orgullo para caber en un infierno entero...

Atrapado en una habitación.

Con un juego de madera.

Durante tres días.

Sí.

Vergil había secuestrado a dos reinas demonios para obligarlas a reconciliarse.

¿Qué clase de solución fue esa?

"Por supuesto, interpretar a Jenga va a ser un poco aburrido, así que le pedí a Morgana que hiciera esto" Dijo mientras recogía un pequeño frasco lleno de papeles doblados. "Dejé que su maldad creativa tomara el control. Tenemos algunos castigos."





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

...Los dos sintieron un escalofrío demoníaco proveniente de esa frase, seguido de una sonrisa que decía: "Has agotado mi paciencia."

